

Señor presidente de la Junta de Andalucía, Señor Consejero, autoridades regionales y provinciales; Rectores, Rectora, compañeros de equipo y de nueva singladura, y de la comunidad universitaria de Huelva en su conjunto; maestros, colegas y colaboradores durante estos años, (muchos ya!); familia, amigos y amigas; señores y señoras:

He enfrentado el difícil reto de condensar una cantidad verdaderamente tumultuosa de ideas que han brotado de mi mente, de cristalizar muchas sensaciones distintas, en unas pocas palabras suficientemente vertebradas y organizadas, trasladadas a este discurso. Reto doblemente difícil –o triplemente si no paso por alto mi particular incapacidad para no dar inacabables vueltas sobre cualquier idea o de dispersarme sin remedio.

En primer lugar, se trata de un momento profundamente emotivo para mi, al representar una suerte de reconocimiento a mi, ya larga, trayectoria académica. Trayectoria que, considerado el hecho que nos trae hoy aquí como la punta de un iceberg, como éste, flota emergido sobre un volumen considerablemente mayor de notables esfuerzos y modestos resultados, de incontables horas de dedicación, entrega y ausencias familiares, apoyados por la colaboración, la generosidad y el cariño de muchos, sin los que nada hubiera sido realmente posible. Por ello, esa primera dificultad para construir este discurso, la quiero resolver a lomos de –y verdaderamente embargado por-- un sincero sentimiento de gratitud. Y, así, me dirijo a este auditorio como hijo, como esposo, como padre, como hermano, como amigo, como antiguo alumno o discípulo, como

colega o colaborador en múltiples tareas científicas, académicas y de gestión, y finalmente como flamante responsable en el sistema de universidades públicas andaluzas. A todos y todas, muchas gracias por haberme acompañado hasta este punto del camino, por haber contribuido a que hoy esté aquí, pronunciando estas breves palabras y tomando posesión del cargo de Rector de la Universidad de Huelva. Ciertamente, creo estar recibiendo un regalo. Los clásicos helénicos lo atribuirían al Olimpo. Y todo lo que venía del Olimpo tenía su precio.

Así es también en este caso porque, y en segundo lugar, el momento está marcado por mi asunción de una gran responsabilidad. Responsabilidad para con el conjunto de la comunidad universitaria onubense, que me ha brindado un estimulante respaldo; y con la sociedad onubense a la que la universidad se debe primeramente, de la que es bandera, faro y motor de desarrollo territorial. Pero también con la andaluza, la nacional y hasta la internacional, en un ejercicio de osadía y ambición que responde a la vocación de la Universidad desde su propia génesis. Quiero hacer en este punto un pequeño paréntesis para recordar que, surgidas del germen de las escuelas catedralicias y madrazas islámicas, dirigidas principalmente a la educación de los jóvenes de clase alta ya iniciados en el saber por instructores personales, las universidades cristalizaron a partir del siglo XI en la institución de educación superior que hoy conocemos, como asociaciones de profesores y estudiantes organizados para defenderse del poder de las también emergentes autoridades ciudadanas. El origen etimológico de Universidad (del latín “universitas”) apunta a la idea de “totalidad” y se refiere a la unificación

del conocimiento y a la comunidad de profesores y estudiantes comprometidos con él. Si bien, más tarde, impulsada por la renovación urbana del final de la Edad Media y nacida del renacimiento intelectual en torno a la filosofía y la teología, la palabra se viste también con la acepción etimológica que refleja la vocación de universalidad y la apertura al conocimiento global que caracterizaron a las primeras universidades. Paréntesis cerrado.

La Universidad debe generar, transmitir, globalizar y transversalizar el conocimiento. Generar conocimiento desde la autonomía creadora y crítica de sus docentes e investigadores, afanados en desplazar las fronteras de lo que conocemos en todos los sentidos posibles, sirviendo así al propósito último de contribuir a una sociedad más feliz y más próspera. Y subrayo el “todos los sentidos posibles” porque nuestra felicidad y prosperidad presentes y futuras, como sociedad, dependen tanto de que un interruptor nos transforme de manera más barata y eficaz energía eléctrica en luz, como de entender la naturaleza última de esos electrones elementales que calientan los materiales que radian esa luz, o de que seamos capaces de entender mejor la realidad cada vez más compleja y poliédrica que nos rodea, de hacernos siempre las preguntas más adecuadas y de perseguir, aunque no siempre encontrar, las mejores respuestas. Este es un esfuerzo no siempre inmediatamente rentable y que tiene que ser sostenido en el tiempo porque, tomando prestadas las palabras que Newton escribió a Hooke en 1675, sólo podremos ver más lejos subidos a hombros de gigantes. Subir a hombros de gigantes no

supone menos inversión en tiempo, esfuerzo y recursos en el siglo XXI que en el siglo XVII.

La Universidad debe transmitir el conocimiento directamente al tejido socio-productivo, transformándolo en innovación y desarrollo; e indirectamente por medio de la transformación de su principal materia prima –que no sus clientes--, sus estudiantes, en profesionales capaces y bien formados, preparados para afrontar los desafíos de una realidad en continua mutación, especialmente alimentada por tecnologías emergentes altamente disruptivas; en ciudadanos críticos y pensadores, dispuestos a comprometerse con el afrontamiento de los retos de la sociedad y, en sentido amplio, la humanidad en un futuro no exento de amenazas. Tampoco este es un esfuerzo inmediatamente rentable, pero sí enriquecedor y fundamental para una sociedad más feliz y más próspera.

La Universidad debe globalizar el conocimiento, diluyendo las fronteras a través de la movilidad de los académicos, estableciendo puentes y canalizando la transmisión de ideas y potenciando la capacidad para enfrentar retos planetarios desde la necesaria perspectiva global. Especialmente en el ámbito de nuestra vieja Europa, el surgimiento de Alianzas de Universidades persigue la mutualización de los desafíos por medio del desarrollo de instrumentos educativos y de generación de conocimiento a escala continental, de redes académicas coherentes que potencien la movilidad de los profesionales que las forman y que en ellas se forman. Un esfuerzo global europeo también dirigido a una sociedad más feliz, más próspera y más justa.

La Universidad, finalmente, debe transversalizar el conocimiento, haciéndolo accesible a toda la sociedad, a toda la población, cualquiera que sea su cuna y posición; garantizando la igualdad de oportunidades sobre la base del mérito y del esfuerzo, y erigiéndose en el principal ascensor social y el mejor instrumento para el progreso personal hacia una vida mejor y más próspera. Me permito, de nuevo, abrir un segundo y último paréntesis. Quién les habla, hasta donde alcanza la memoria de mi familia, es el primero de sus miembros en acceder a la Universidad. Nacido en el pueblo de Pilas, me gradué y doctoré en la Facultad de Físicas de la Universidad de Sevilla y, como un producto genuino del sistema de universidades públicas andaluzas, he desarrollado la mayor parte de mi carrera académica como investigador y docente en París y en la Universidad de Huelva, de la que además fui Vicerrector de Investigación y Transferencia los últimos 5 años –gracias Rectora por tu confianza. Y hoy, aquí, tomo posesión como su Rector. Segundo paréntesis cerrado. Personalmente, quiero sentirme como un ejemplo del éxito del sistema como motor para una sociedad más justa.

Una universidad que genera, transmite, globaliza y transversaliza el conocimiento, siempre en la persecución de la excelencia. Ese es el modelo de Universidad en el que creo. El modelo de universidad con el que me comprometo al frente de la Universidad de Huelva, y con la sociedad a la que nos debemos. Y, no me cabe ninguna duda, el mismo que comparten mis colegas al frente del resto de universidades andaluzas. El modelo que compartimos y defendemos como sistema. Nada más y nada menos. Estoy también absolutamente convencido de que en el

sostenimiento de dicho modelo nos podemos encontrar todos los servidores públicos. Podemos discrepar en cómo hacer aterrizar esos objetivos generales y trasladarlos a la política del día a día. Podemos debatir, sin duda. No obstante, compartiendo los mismos principios sobre la bondad del modelo, tenemos la obligación de tender puentes y buscar espacios de entendimiento. Una sociedad más feliz, más próspera y más justa depende de ello.

Muchas gracias.